



PRESENTA

LA GRAN SUPERPRODUCCION DE

Cecil B. De Mille

CLAUDETTE
COLBERT

WARREN
WILLIAM
HENRY
WILCOXON

EDICIONES BIBLIOTECA
• FILMS •

Editorial Atlas



Cleopatra

ES UN FILM PARAMOUNT



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

FUNDADOR: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
Valencia, 234 - Apartado Correos, 757 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS:
Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona

EDITORIAL

"ALAS"

AÑO XXXI

Núm. 414

CLEOPATRA

La vida de la mujer más célebre del mundo, la que más amó y más sufrió por su pueblo, se halla reflejada en esta novela con esa pomposidad del Egipto legendario, conservando todo el interés de lo imparecedero y toda la emoción de una vida que no dejó de luchar un instante, interpretada magistralmente por

Claudette Colbert
Henry Wilcoxon
Warren William

PRODUCCION



BARCELONA

Paseo de Gracia, 61

PRINCIPALES INTERPRETES

Cleopatra . . CLAUDETTE COLBERT
Julio César . . WARREN WILLIAM
Marco Antonio . HENRY WILCOXON

Dirección:

CECIL B. de MILLE

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

Talleres Gráficos A. PORTA - Planeta, 23 - Teléf. 27 70 45 - Barcelona



CLEOPATRA

Un destacamento de soldados de a caballo y varios carros de guerra van en presurosa carrera por lugares cuyo aspecto denota la desolación, el desierto. En uno de los carros se descubre la figura de Cleopatra, con los ojos vendados e inmóvil el resto del cuerpo por oprimientes ligaduras; junto a ella se ve al insolente Potinos. También en otro carro se observa al venerable Apolodoro, tutor y consejero de la reina; lleva, igualmente, los ojos vendados.

Vuelan con aire de triunfo hacia el punto señalado para el destierro de la real persona. Esa marcha da la impresión de una fuga de criminales o de una retirada provocada por inesperada sorpresa.

Hace alto la desalmada gente en un lugar que, aparte de un monumento que allí triste y solitario se encuentra, no ofrece a la vista más que ardiente arena y el cielo en todas direcciones.

Un soldado conduce a Cleopatra a los pies del monumento y allí la ata. Poco después se presenta Potinos y un soldado quita la venda de los ojos de Cleopatra. Es tal la sorpresa de ésta al verse frente a frente con Potinos, que no puede contener una exclamación; pero el ambicioso eunuco, impertérrito y procaz, le dice:

—Este es tu nuevo reino, Cleopatra. ¡Manda a las víboras y a los escorpiones del desierto! Acaso se animen a rendirte homenaje y te llamen majestad.

—¿Si tuviera las manos libres, cara pagarías tu insolencia — replicó Cleopatra.

—Más bondadoso soy yo, pues te dejo en manos de este poderoso maestro — dice el traidor.

Y acto seguido ordena a los soldados que libren de la venda a Apolodoro.

Aquel vil hombre, con ofensiva jactancia, les anuncia que regresa a entrevistarse con Julio César, diciendo:

— ¡Adiós, Cleopatra, reina del desierto!

Sube a uno de sus carros y emprende el regreso, seguido por los otros, que le acompañaban.

¡Qué dirían los sentimientos nobles de aquella alma pura, viéndose en tan negra soledad, sin nada que sostuviera su esperanza!

No obstante un espíritu sobrenatural impulsaba a aquella mujer. Sin arredrarse ante el espejo de la fatalidad, recobra ánimos e implora a Apolodoro que la libre de aquellas ligaduras que apenas le permitían respirar.

Unos minutos de absoluta inquietud, de abandono corporal, siguió a aquel primer alivio. Las tiernas y delicadas carnes de la reina experimentaron una reacción tan satisfactoria como sofocante. Pronto volvió a sentirse bien y empezó a departir trascendental plática con su tutor.

Apolodoro informó a Cleopatra de los designios de Potinos, y la impetuosidad de la augusta joven se revuelve con gran indignación al comprender la ignominia que fraguaban contra sus legítimos intereses. De súbito declara a Apolodoro que, de cualquier manera, tienen que regresar con presteza a Alejandría, para impedir que se verifiquen los planes de Potinos, quien pretende asegurarse para Ptolomeo la corona de Egipto a cambio de tributos que ofrecerá a Roma en la persona del emperador Julio César.

Esta idea brotó del alma de Cleopatra con tan ingenuo ardor, que el mismo Apolodoro no pudo menos de admirar semejante decisión. Las dificultades eran, sin embargo, insalvables, y aun en el caso de que sus fuerzas vencieran todos los obstáculos de un principio, encontrarían la muerte al ser descubiertos en Alejandría por los partidarios de Ptolomeo.

La sabiduría de Apolodoro no pudo contener los varoniles arranques de aquella preciosa niña. En la actitud de Cleopatra se escondía una fuerza que presagiaba algo extraordinario. Apolodoro la escuchaba, y aunque oponía pertinentes advertencias, empezaba a ceder: algo de luz se entrecruzaba en los razonamientos de la reina. Después de todo, la muerte los acechaba por todas partes, y era de precisión escapar aprisa de aquella infernal aridez que los abrasaría sin compasión.

Enderezaron sus pasos hacia Pelusio, sobre cuyas ruinas descansaba hoy Por-Said, con el propósito de tomar una barquita que los llevara a Alejandría y pudieran así realizar el atrevido plan de la reina para defraudar los intentos del perverso Potinos.

UN ARDID PARA PRESENTARSE A JULIO CÉSAR

Mientras se perpetraba el criminal suceso que acabamos de narrar, el victorioso Julio César acampó en las afueras de Alejandría. Mandó emisarios al Gobierno que funcionaba en Egipto, y en su cuartel dió cita a Potinos, que ejercía en el Gobierno egipcio, función parecida a la de un presidente del Consejo de Ministros en la actualidad.

Potinos se presentó a César acompañado de Aquiles, el jefe de las tropas egipcias.

Cambiaron los saludos de rúbrica, y al dar comienzo a la conferencia, Julio César sienta como primera base para que lleguen a un acuerdo que las tropas del niño Ptolomeo sean desbandadas inmediatamente. Aquiles, con petulante arrogancia, observa:

— ¿Y si yo, general de este ejército, me niego a ello?

Apenas hizo caso César a esa procaz salida de Aquiles. La actitud firme de Julio César empuñó por un momento las ilusiones de Potinos: él lo atribuye a que el asunto estaba mal encauzado y se atreve a dar otro giro a la conversación. Fija su vista en César y le dice:

— Y si, como se rumorea, la reina hubiese desaparecido, ¿celebrarías un tratado con el rey? Se dice que huyó a Siria. Nada sabemos. Lo cierto es que no está aquí.

A Julio César en aquellos momentos poco le importaba declarar como único sucesor de la corona a uno u otro: sólo le interesaba que Egipto pagase a Roma todos los años una fabulosa suma en metálico y una cantidad grande en granos.

Potinos asumió un aire de triunfo; la alegría se notaba en su rostro. Se apresuró, pues, a ofrecer a César la cetera con la cual

imprimía el sello de Roma. Un incidente, que ocurrió en aquel instante, impidió, sin embargo, la consumación de los viles planes de Potinos.

Después de mil peripecias y muchos sufrimientos, que sólo espíritus impulsados por algo grande son capaces de arrostrar, llegaron a Alejandría la maltratada reina y su esforzado tutor. La reina había ideado un plan arriesgadísimo, y, resolviéndose a jugar el todo por el todo, se atrevió a ejecutarlo.

Apolodoro se disfrazó. Adquirió una hermosa alfombra persa; la enrolló; en ella entró Cleopatra. Apolodoro la cargó a los hombros y enderezó sus pasos al cuartel de Julio César. Próximo al lugar, los soldados egipcios le detuvieron; declarando que el comerciante Nahigian le mandaba a Julio César aquel regalo. No le permiten que traiga nada a los romanos; pero otro soldado romano que había oído lo que Apolodoro dijo, exclamó:

— ¿Es para el César? ¡Adelante!

Franca la entrada a la habitación en que Potinos sólo esperaba que Julio César pusiera el sello de Roma al documento por el cual se reconocía a Ptolomeo como único rey de Egipto. Apolodoro se presentó delante de Julio César y arrojó al suelo la alfombra, de la cual brinca la joven, que con su belleza detiene el curso de la conversación entre los dos hombres de Estado.

— ¡Egipto saluda a César! — dice Cleopatra.

César levanta la vista y queda estupefacto; lo toma a broma.

La inesperada aparición de Cleopatra dió al traste con los planes inicuos de Potinos. Como César no se inclinaba a creer que aquella linda mujer era Cleopatra, cuando así se presentó, Cleopatra pide a Potinos que saque de dudas a César y le cuente su intento criminal.

¡A buena hora iba el astuto eunuco a hacer confesión de su maldad! Con gran ironía quiere capear aquella situación; se sonríe; no la reconoce; la llama mujer intrusa y hace un ademán como de sacarla fuera, pero Cleopatra le hace frente, y dirigiéndose a Julio César hace una relación del martirio a que la sometió la desmedida ambición de aquel audaz y cruel hombre. César, muy sagaz y experto en esas contiendas ambiciosas, se dió cuenta de la verdad, y después de proferir unas

frases que denotaban su enojo por haber sido engañado, mandó a Potinos que se retirase, diciéndole a Cleopatra, que la disputa que tiene con el hermano la resolvería en Roma.

— Una palabra más antes que me retire — insiste Cleopatra.

— ¿Qué es?

— Me causa un efecto curioso verte trabajar. Me había figurado que sólo te dedicabas a pelear o a amar.

— Tengo mucha experiencia en pelear.

— ¿Y no en amar?

— ¡Ninguna con jóvenes y lindas reinas!

— ¡Qué galante!

— Perdóname que ahora atienda al trabajo.

Pero Cleopatra no se marcha. Se entretiene con un ariete en miniatura que poco antes habían presentado a César para su aprobación, y se ríe de su propio atrevimiento.

Aunque César la ordena que se vaya, la ninfa del Nilo se hallaba remisa a postergar el éxito de su propósito, y muy melosa persiste en distraer a César, que quiere absorberse en el trabajo. Le refiere la amenaza que le hizo Potinos, pero César aparenta no oírla.

Cleopatra, no logrando atraer la atención de Julio César, se acerca a Apolodoro, y, aleccionada por él, empieza a disertar sobre la India y los tesoros que en ella existían. Ese nombre misterioso incitó la curiosidad de César, y cuando éste muestra interés, ella, para inspirarle mayor desco, le dice que al día siguiente, si todavía vive, le expondría el plan...

Encendida la codicia de Julio César, modera su altivez, y caballerosamente ruega a la reina que se siente; desde este momento las pretensiones de Cleopatra tomaron color de rosa. El diálogo que Cleopatra inició puso a Julio César fuera de quicio; la dulzura con que ligeramente se refería a futuras grandezas para Roma en una empresa común con Egipto tenía embelesado a César. Un velo cubría algo que Julio César no alcanzaba a descifrar; Cleopatra no juzgaba adecuado aquel lugar para revelar sus planes y le invita a cenar en sus habitaciones, en donde quedaría aclarado el misterioso proyecto.

Los días más felices de Julio César fueron aquellos que pasó al lado de Cleopatra, hasta su regreso a Roma. Cleopatra cele-

bró su triunfo con grandes fiestas, de las cuales hizo partícipe a todo el pueblo egipcio, repartiendo entre ellos alimentos y vinos y alegrándolos con música y bailes. El buen humor cundió por todas partes y Cleopatra fué aclamada como su única soberana, la reencarnación de Isis, hermana y mujer del dios Osiris.

Esta vida de ensueño satisfizo tanto a César, que se encontraba perezoso para regresar a Roma. Por otra parte, los ánimos en Roma estaban muy exaltados, pues no solamente se discutía la temeridad de César en permanecer tanto tiempo alejado de su propia gente, sino que sus amigos se encontraban alarmadísimos al observar el número de adeptos que ingresaban en las filas de los que habían favorecido la causa de Pompeyo. Era evidente a la mayoría de los romanos que no eran los intereses de Roma lo que detenía a Julio César en Egipto, sino las dulces guarras de la seductora reina.

Calpurnia, la mujer de César, dió una fiesta en la suntuosa residencia que tenía en Roma, a la cual asistieron los personajes más preeminentes de la República. Aquella ilustre concurrencia no tardó en comentar sobre la prolongada ausencia de Julio César; la mayoría lo atribuía a los insidiosos encantos de Cleopatra, aunque no osaban expresar tales opiniones delante de Calpurnia.

Había entre los patricios allí congregados varios que eran senadores y éstos discutían con gran seriedad la trascendencia que para el pueblo romano podía tener el comportamiento de Julio César, tanto más cuanto que se susurraba que pretendía cambiar la capital del Mundo, de Roma a Alejandría y además proclamarse emperador.

Apartado del resto de los convidados había tres senadores que discutían con apasionamiento tan interesante tema. Eran estos Bruto, considerado como hijo de César; Cassio y Casca.

Bruto, que con afecto entrañable quería a César, se hallaba todo compungido por las acusaciones que sus amigos hacían contra César y no quería tomar en serio lo que le decían respecto a que César quería proclamarse rey. Los demás insistían para convencerlo y Bruto les dijo:

—No lo creáis. César sabe que Roma no admite tiranos. Roma es libre y nunca querrá tener un rey.

— Pero es verdad, Bruto — le respondió Cassio —, César llegará a Roma, irá al Senado y convencerá a todos para que le proclamen rey.

— Los ciudadanos de Roma aman a la república y no quieren convertirla en un reino — respondió Bruto —. Eso lo sabe César y por eso su talento le impedirá dar ese paso.

— El talento desaparece cuando hay una mujer de por medio — respondió Casca.

Bruto aun se resistía a dar fe a las palabras de sus dos amigos, pero éstos, con tan vehemente insistencia lo proclamaban, con tanta fe hablaban, que Bruto, exclamó:

— No creo eso de César, pero si vosotros me dais pruebas que me convenzan, yo mismo arrebataré la vida a César. Mucho lo amo, pero más amo a Roma. Ella es primero que nadie en el mundo.

— Tendrás esas pruebas, Bruto — le respondió Cassio, seguro de que no tardaría mucho tiempo sin que se le presentara la ocasión de poder demostrar a Bruto la verdad de sus palabras.

La fiesta seguía en todo su apogeo y Calpurnia recibió en su mesa la visita de Octavia, mujer de Marco Antonio y hermana de Octavio, el sobrino de Julio César y heredero de toda su fortuna y de sus honores.

Octavia, al sentarse en la mesita donde estaba Calpurnia, en unión de Octavio, dijo:

— La fiesta ha sido espléndida, Calpurnia...

Aprovechando esta oportunidad y viendo que a la fiesta no ha venido su esposo, Calpurnia le respondió:

— Te doy las gracias, Octavia, por tu felicitación... ¿Y tu esposo?

Octavia, con un gesto displicente, para evitar malas interpretaciones que pudieran dar lugar a la ausencia de su marido, respondió:

— ¿Qué esposa sabe dónde está su marido?

Al oír esto Octavio, no pudo contenerse y dejándose llevar por los celos al ver que César no le escribía como había sido su costumbre, exclamó:

— Calpurnia es una de las mujeres que sabe donde está su esposo.

Calpurnia sabía el afecto que mutuamente se profesaban el César y Marco Antonio, como aquel lo había demostrado en toda ocasión. Durante la estancia de César en Egipto nadie recibió cartas suyas más que Marco Antonio, y ésta era la mayor prueba de afecto que podía darse en aquellos tiempos.

Este afecto de César hacia Marco Antonio suscitó la envidia de su cuñado Octavio, que vio en Marco Antonio un enemigo acérrimo y único capaz de robarle sus glorias futuras. Sabía que el César se comunicaba con Marco Antonio y no llegaba a comprender el por qué no tenía con él la misma deferencia.

Aquello dió lugar a que, paulatinamente fuese naciendo en el corazón de Octavio un odio mortal hacia su cuñado, odio que a medida que aumentaba el afecto de César y Marco Antonio se hacía más fuerte en Octavio.

Cuando más animada estaba esta conversación apareció de pronto Marco Antonio. Su rostro aparecía jadeante y en él podía leerse fácilmente la alegría que inundaba su alma.

Trata noticias felicísimas. Había recibido una nueva carta de César en la que le notificaba que estaba ya a las puertas casi de Roma, que lo recibiría heroicamente.

— Debéis venir a esperarlo — exclamó Marco Antonio —. Tú, Calpurnia, eres su esposa y debes ser la primera mujer que le vea al entrar en Roma.

Calpurnia no era ninguna tonta para no sospechar que el César había dejado de amarla para dedicarse a otra mujer. Por esta razón se negó a ir con Marco Antonio, diciéndole:

— Yo no debo ir a su busca. Es mejor que lo reciban mis brazos en su propia casa.

También Octavio se negó a ir a su encuentro e incluso le dijo:

— No es preciso que vayamos a recibir a César. Además, no comprendo como Roma recibe triunfalmente a quien quiere proclamarse rey y cambiar la capital del Mundo.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Marco Antonio.

— Que César es un traidor a Roma.

No había terminado de decir estas frases cuando Marco Antonio arrojó al rostro de Octavio el contenido de una copa de vino que tenía en la mano, diciéndole:

— ¡Mientes, como un esclavo!

Los dos hombres iban a llegar a las manos, pero las trompetas anunciando la llegada de César pusieron fin a la discusión y Marco Antonio corrió al encuentro de César.

En la calle el vocerío ensordecedor y la multitud con sus gritos indicaba que un héroe hacía su entrada en la ciudad. La gente se amontonaba a ambos lados de la calle y dejaban pasar a los caballeros que precursaban la inminente llegada de la victoriosa procesión.

Bandas de música tocando himnos de triunfo rompían la marcha, brillantes carrozas y soldados romanos vestidos de gala se aproximaban y tras ellos se veían leones, tigres, leopardos y otros animales que indicaban claramente al pueblo el triunfo de las armas romanas.

Enhiesta en un carro de guerra se descubría la figura augusta de Julio César, al que le seguían sus invictas legiones.

De pronto se apercibió una rica liera y en ella iba majestuosa, como una reina que era, Cleopatra. Sobre su cabeza brillaba el símbolo de los reyes de Egipto y su belleza aumentaba por el lujo de su vestuario y las joyas que sobre ella llevaba causó la admiración de la multitud.

Las familias de los patricios observaban todo desde los amplios balcones de imponentes mansiones y huía la envidia ante el brillo del espectáculo y todos admiraban el encanto de aquella bellísima soberana que supo granjearse el inquebrantable amor del más poderoso romano. Y entre constantes ovaciones, entre gritos aclamatorios de la multitud, entre la música de bélicos sonos, César llegó a su casa, donde le aguardaba su esposa Calpurnia.

Ella, al verlo, se inclinó ante él y le dijo:

— Ave, César... Bienvenido seas a mi hogar.

— Ave, Calpurnia — respondió César —. Te he buscado entre las que me esperaban y no te vi.

— Creí que te sería más agradable encontrarme esperándote con el mismo amor de siempre... ¿Y tú, sigues amándome lo mismo?

— ¿Por qué no? — respondió César.

Pero en vez de entregarse a coloquios amorosos, César pre-

textó estar cansado y se retiró a sus habitaciones privadas, pero antes de entregarse al sueño, pensó en los delicadísimos asuntos que al día siguiente se atrevería a exponer al Senado.

Aquella misma noche de su llegada se reunieron en uno de los baños de la ciudad unos cuantos personajes, entre los cuales se hallaban Bruto, Cassio y Casca, los cuales le dijeron al primero:

— Se ha confirmado que Julio César viene dispuesto a declararse rey.

Bruto calló. Sabía que era verdad desgraciadamente lo que le decían y los otros continuaron:

— Viene también a repudiar a su esposa y a hacer a Cleopatra la reina del pueblo romano.

— ¡No! — exclamó Bruto, indignado —. Roma no se convertirá en otro Oriente con tronos de oro.

Casca intervino nuevamente en la conversación y le dijo:

— Pero César lo conseguirá. Hablará en el Senado y lo arrasará como siempre.

En la mirada de Bruto brilló un fuego de enérgica resolución y casi mordiendo las palabras entre sus dientes respondió:

— ¡No lo conseguirá!

Cassio, al ver la actitud de Bruto, comprendió que había llegado el momento de manifestar sus intenciones, y calladamente, como si temiera que alguien pudiera oírlo, le dijo:

— Saludaremos al César antes que el Senado y se derramará una poca de sangre por Roma.

LA MUERTE DE CESAR

Al día siguiente César, convencido de que él conseguiría convencer al Senado para que lo proclamasen emperador y casarse con Cleopatra, se preparaba para marchar a él y Marco Antonio, que lo acompañaba en sus habitaciones y tenía noticias del descontento que reinaba en Roma, le dijo:

— Hoy te presentas al Senado, César, y creo que comerás un

grave error.

César lo miró indiferente. No era él, hombre cuyo valor se menguase por lo que pudieran decir o por simples amenazas. Muchas veces había visto de cerca la muerte, muchas veces la había desafiado y otras tantas también la había vencido. Por lo mismo, respondió encogiéndose de hombros:

—No me importan tus temores.

—Antes te importaban y admitías mis consejos — replicó, dolorido, Marco Antonio.

—Eso era antes — respondió César —. Ahora todo ha cambiado.

Esobarbus, uno de los generales más adicto a Marco Antonio, que había peleado con él muchas veces, intervino en aquella discusión, y pensando en el motivo que impulsaba el deseo de César, exclamó:

—¡Odio a las mujeres!

—También Marco Antonio las odia — replicó César.

—Solamente te digo que las mujeres no piensan ni pueden pelear... Son sólo juguetes nuestros...

César rectificó, acordándose de Cleopatra, y le respondió:

—¿Querías decir la mayoría de ellas?

—No hago excepción ninguna — siguió diciéndole Marco Antonio —. Todas son iguales. Te hablamos así porque somos amigos tuyos... Sabemos tus intenciones. Quieres casarte con Cleopatra para dominar la India y el Mundo... ¿No es cierto?

César calló sin querer confesar que aquellas eran sus intenciones, pero Marco Antonio, comprendiéndolo así, siguió diciéndole, casi en tono suplicante:

—¿No has tenido siempre nuestro apoyo?

—Pero con ella me será más fácil — respondió César.

—Más fácil — replicó despectivamente Marco Antonio —. Hablas como un verdadero amante.

—Como un amante egipcio — dijo el general, sin importarle la indignación que pudieran originar sus palabras en el ánimo de César y Marco Antonio ratificó aquel pensamiento diciendo:

—Una mujer ha hecho de ti un egipcio, pero no lograrás nunca que una reina egipcia gobierne a los romanos.

César, plenamente envanecido de su poderío, sabiéndose superior a todos aquellos que protestaban, se rió de las palabras de Marco Antonio y respondió:

— Esas son palabras solamente.

— Son hechos — exclamó su sobrino Marco Antonio —. El águila romana dueña de medio mundo no consentirá ser domada por una mujer.

Cansado César de oír tales consejos, quiso poner fin a ellos y se despidió de sus dos amigos diciéndoles:

— Basta por hoy... Me voy al Senado.

Pero Marco Antonio estaba convencido de que Julio César corría hacia la muerte y se interpuso en su camino diciéndole energicamente:

— ¡No quiero que vayas! Si esa mujer te ha vuelto loco, tus amigos te harán entrar en razón.

Pero el César no entraba en razón en aquellos momentos. Sus locas ambiciones cegaban su cerebro y sólo pensaba que con Cleopatra podría conquistar Egipto, poseedor de tesoros inagotables, y desde allí dominar la India y el mundo entero.

En aquellos momentos prevalecía el ambiente más halagüeño en la casa que albergó a Cleopatra. Esta y su doncella Carmión, acompañada de otras esclavas, esperaban la llegada de César cuando aparecieron varios esclavos portadores de los regalos que aquél hacía a la reina de Egipto.

— ¡Subidlo todo! — ordenó Carmión a los esclavos, que se acercaron hasta donde estaba Cleopatra.

La misma doncella extrajo del interior de los cajones varias túnicas de rica seda y joyas de gran valor, mostrándoselo a Cleopatra y diciéndole:

— ¡Son preciosos!... ¡Maravillosos! — exclamó Carmión —. Deslumbrarás al Senado romano.

Y mostrándole varios de aquellos vestidos le dijo a continuación:

— Elige, mi reina.

Pero Cleopatra pensaba en su poder fascinador, estaba convencida de su belleza y por lo mismo respondió a su doncella:

— No creas que me preocupa el Senado, sino las esposas de los senadores.

Y mirando intencionadamente a su doncella preguntó maliciosamente:

— ¿Cómo son los senadores, Carmión?

La doncella sonrió comprensiva y le respondió:

— Llegamos sólo ayer. ¿Cómo quieres que los conozca?

La conversación fué interrumpida en aquel instante por el ruido que produjo un carro al pararse en la puerta de la casa habitada por Cleopatra. De él descendió César y entró a ver a Cleopatra, que corrió a recibirlo en sus brazos, mientras le decía:

— Te esperaba, César.

— He venido a darte el último adiós.

Cleopatra lo detuvo entre sus brazos y le dijo mimosamente:

— Espera. Quiero decirte una cosa.

— Es tarde — exclamó César, que quería presentarla aquel mismo día al Senado —. Vístete.

— Al instante — exclamó ella, viendo que llegaba por fin la realización de su tan acariciado sueño.

— Déjame estar un poco más cerca de ti... Tengo miedo de algo.

— ¿Miedo?... ¿De qué? — preguntó César acordándose de la predicción de su esposa.

— De nada — respondió Cleopatra sonriendo —. ¡Es que te amo tanto!

— ¿Y eso te asusta? — preguntó el invicto general.

— Temo pensando que si te pasase algo...

César sonrió confiado. Tenía aquella confianza del que jamás había sido vencido y cree que no puede haber obstáculo que se interponga entre su deseo y su realización, por lo que le respondió:

— Nada me pasará... Te llevaré al Senado... Está presta para cuando vengan por ti.

Cleopatra se inclinó graciosamente y lo despidió diciéndole:

— Emperador César.

— Emperatriz Cleopatra — respondió él en igual tono y gesto.

Salió de la casa, subió nuevamente a su carro y seguido de sus soldados se dirigió hacia el Senado, donde ya se esperaba su llegada.

Mientras él se despedía de Cleopatra, anunciándole que sería proclamada emperatriz, en el Senado se tramaba contra su vida. Casca, Cassio y Bruto habían tramado un plan infalible, tomando todas las precauciones necesarias.

Cassio era el que ordenaba todo y entregando un puñal a Casca le dijo:

—Tú allí, Casca, para cuando entre.

El aludido escondió el arma y se fué hacia el sitio que le había designado Cassio, quien a su vez ordenó a Bruto:

—Tú, junto a esa columna. No olvidéis que no puede ser, salir con vida de aquí el traidor a Roma.

Cada uno fueron ocupando los sitios señalados, y esperaron la llegada de César al Senado.

Cleopatra había terminado de vestirse con el manto regio y aguardaba que vinieran por ella para trasladarse al Senado donde debía ser proclamada emperatriz de Roma, según los deseos de César.

Pensaba en aquel instante supremo de su vida y decía a su doncella:

—Ahora estará llegando al Senado... ¡Hablará mucho rato?

César llegaba en aquel momento a las puertas del Senado y los vítores con que era recibido por la multitud llegaron hasta la casa próxima donde estaba Cleopatra, que exclamó:

—Ahora llega... ¡Escuchad los vítores del pueblo!

César entró decidido en el Senado, sin sospechar la muerte que traidoramente le aguardaba. Al pasar junto a Casca se adelantó hacia él y sin mediar la menor palabra hirió su puñal en el pecho de César, que tuvo fuerzas para arrancárselo y ponerse a la defensiva. Pero el número de enemigos era agobiador y por todas partes brillaban las hojas relucientes de los puñales que se clavaban en su pecho. César buscó con la vista al único que podía auxiliarlo en aquella situación, buscó a Bruto y vio que éste también lo hería y exclamó dolorosamente:

—¿También tú, Bruto?

—¡Traidor! —gritó éste, hundiendo de nuevo su puñal en el pecho de César, que cayó pesadamente al suelo sin vida.

Inmediatamente los senadores aparecieron ante el pueblo dando la noticia de la muerte del César y proclamándole traidor

a Roma. Las voces ensordecían, los gritos eran atronadores protestando de aquella muerte, pero los soldados pudieron detener la avalancha del pueblo que quería precipitarse al interior del Senado.

Aquellos gritos llegaron, como los anteriores, a oídos de Cleopatra, que creyó que eran nuevas aclamaciones y se levantó para estar pronta para cuando vinieran por ella.

— ¿Cómo estoy? — preguntó la reina de Egipto, mostrándose a los ojos de su doncella.

— Maravillosa — respondió Carmión.

— Hechizarás a los senadores — le dijo otra doncella.

— ¿Ha venido ya el mensajero? — preguntó Cleopatra.

En aquel momento entró Apolodoro y al ver a Cleopatra no pudo menos que expresar su admiración diciéndola:

— Jamás vi nada más hermoso y bello, Cleopatra. Estás admirable...

Cleopatra agradeció con una sonrisa aquel tributo a su belleza y fué entonces cuando llegó el mensajero que esperaba y que preguntó:

— ¿Dónde está la reina?... Han asesinado a César...

Corrió a donde estaba Cleopatra e inclinándose ante ella le comunicó la triste noticia diciéndole:

— Reina de Egipto, César está muerto.

Apolodoro corrió al lado del mensajero y le preguntó emocionado:

— ¿Quién lo ha muerto?

— No sé — respondió el mensajero —. Oí gritar... ¡Bruto!... ¡Cassio!... ¡César es traidor a Roma!

Cleopatra sintió como si un dardo venenoso se clavara en su corazón y haciendo un esfuerzo sobre sí misma preguntó:

— ¿Dónde está César?

— Al pie de la estatua de Pompeyo — le respondió el mensajero —. Nadie se atreverá a tocarlo.

Cleopatra permaneció unos segundos en silencio. Era tan grande su dolor que apenas si se daba cuenta de lo que representaba para ella la muerte de César. Por fin adoptó un gesto de resolución y exclamó:

— ¡Yo iré a verle!

Apolodoro se interpuso y pretendió entrarla en razón diciéndole:

— No debéis ir, Majestad.

— No debes ir — le dijo el mensajero —. Piden sangre egipcia.

— Sigue mi consejo — le dijo Apolodoro —. Al pie del jardín hay un barquichuelo... ¡Huyamos! Te matarán si te encuentran aquí.

— Yo quiero ver a César — respondió Cleopatra, dejándose ganar por el amor que le había inspirado el dictador.

Apolodoro se interpuso nuevamente diciéndole:

— Piensa en Egipto... ¡Piensa en tu pueblo!

Cleopatra se deruvo. Era aquello lo único que podía detenerla y exclamó con dolor:

— ¡Siempre Egipto!... Pero César está muerto... Mi emperador...

— Olvidalo — replicó Apolodoro.

— Olvidar... — murmuró Cleopatra — ¿Qué me importa a mí el imperio? Era él lo que me importaba, mi amor...

— El no te amaba — le replicó Apolodoro.

Cleopatra se revolvió iracunda y tomando un látigo que había allí cruzó el rostro de Apolodoro, al mismo tiempo que le decía:

— ¡Mientes!... ¡Mientes!... ¡Mientes!...

Apolodoro dejó que se desahogara la indignación y el dolor de Cleopatra y siguió diciéndole después:

— El no quería a Egipto en sus brazos, sino en sus arcas.

— Es cierto — insistió Carmión —. No te amaba.

— ¡Estabas ciega! — le dijo Iras, otra de sus doncellas preferidas.

Y siguiendo el consejo de Apolodoro, finalmente Cleopatra aceptó huir en el barquichuelo que tenían preparado en la parte posterior del jardín y que los pondría lejos del poder romano.

Después de la muerte de César se encargó del gobierno de Roma a Marco Antonio, a su cuñado Octavio y Bruto.

Los dos primeros eran las figuras más populares de Roma, si bien Marco Antonio había conseguido atraerse el cariño del pueblo y éste lo aclamaba como digno sucesor de César.

Octavio seguía teniéndole la misma envidia, aumentada en este caso al ver la preferencia que el pueblo hacía por Marco Antonio y las disputas entre ambos eran continuas, hasta el punto de que el Senado tuvo que intervenir en ellas para reunir a los dos generales y decirles:

—Haya tregua a esas querellas. El Senado ha decretado que gobernéis juntos y que Marco Antonio venga la muerte de César y castigue a Egipto, culpable de ella.

Marco Antonio se sometió al acuerdo del Senado, pero diciendo:

—Gobernaré contigo, Octavio, pero lucharé solo.

—Será mejor —respondió su cuñado—. Te has sabido aprovechar de la muerte de César, para adquirir popularidad y hacer aplaudir del pueblo como si fueras un actor.

Y recordado las actitudes de Marco Antonio, empezó a declamar, como si ante él estuviera reunido el populacho:

—Amigos, romanos, conciudadanos...

Marco Antonio se levantó para castigar la ofensa que le infringía, pero los demás senadores se interpusieron y terminó al fin diciendo:

—Puesto que lo ordenáis, acepto.

—Yo también —respondió Octavio—. Y ahora pregunto ya a Marco Antonio... ¿Cómo piensas castigar a Cleopatra?

—Le escribiré una carta.

—Supongo que será una carta amistosa.

—Tienes razón —respondió Marco Antonio—, será una carta amistosa.

Un senador lo miró extrañado y le preguntó:

—¿Dices que irás a Tarso a tratar de asuntos romanos y egipcios en forma amistosa?

—Lo dije en son de burla —respondió Marco Antonio—, pero mis legiones estarán prestas a dominar Egipto... Desde Tarso mandaré a Cleopatra a Roma en cadenas.

La huida de Cleopatra había sido feliz y pudo cambiar su harquichuelo por otro navío real donde el lujo, la ostentación y la frivolidad se hallaban representados en su más exquisito sabor.

Se había hecho acompañar por sus más bellas doncellas y

ballarinas, y Cleopatra, recostada en su camarote, que como un inmenso palacio flotaba majestuosamente en las tranquilas aguas, esperaba llegar de un momento a otro a Tarso.

— ¿Tardamos mucho? — preguntó Cleopatra a Apolodoro, que estaba junto a ella.

— Tarso está cerca — respondió él —. Y todavía no tenemos planes para el futuro... Tu fracaso significa la esclavitud de Egipto y tu muerte... Si me hubieses prestado oídos tendríamos naves y guerreros...

Cleopatra no respondió a aquella queja de Apolodoro, y durante unos segundos permaneció callada, hasta que finalmente preguntó:

— ¿Dónde veremos a Marco Antonio?

— En la plaza de Tarso, a mediodía — respondió Apolodoro.

Cleopatra volvió a recostarse en sus cojines y dejó que el tiempo pasara lánguidamente, pensando en la actitud que debería adoptar ante Marco Antonio.

Pasaron las horas de aquel día y el galeote donde iba Cleopatra permanecía anclado en la playa sin que la reina de Egipto se hubiera dignado acudir a la llamada de Marco Antonio.

Llegó la noche y Ebarbus, el general tan adicto a Marco Antonio, se presentó a él diciéndole:

— ¿Me llamabas?

— Sí — respondió Marco Antonio —. Llevamos seis horas aquí esperando a una mujer. Vete a buscarla.

El general hizo además de ir a cumplir la orden, pero Marco Antonio, inspirado por un repentino pensamiento, le dijo:

— Espera... Iré yo mismo a su nave a buscarla.

Se puso inmediatamente en marcha hacia la playa y al llegar allí lo detuvieron unos soldados diciéndole:

— ¡Alto!... ¡Quién va ahí!

— Soy Marco Antonio de Roma — respondió éste, abriéndose paso entre los soldados.

Llegó por fin a la nave donde estaba Cleopatra, la que se había adornado con sus joyas más bellas. La fascinación de aquella mujer excepcional era en esos momentos irresistible, y Marco Antonio no pudo menos que quedar contemplándola unos minutos. Cleopatra se dio cuenta del efecto que había causado en

él y sonriéndole mimosamente le dijo:

— Llegas tarde...

Marco Antonio se repuso de aquella primera impresión y preguntó:

— ¿Dónde están mis hombres? ¿Dónde están mis soldados que he enviado?

Cleopatra se volvió hacia Carmión y le preguntó:

— ¿Dónde están los romanos?

— Durmiendo, mi reina — respondió Carmión.

— ¿Durmiendo? — preguntó extrañado Marco Antonio.

— Es cierto — continuó diciendo la doncella —, estaban un poco fatigados...

Le mostró donde estaban durmiendo los soldados romanos que Marco Antonio había enviado y éste al verlos en aquel estado exclamó:

— ¡Borrachos!

— No podían tenerse — le interrumpió Cleopatra.

— Pues que los lleven a tierra — ordenó Marco Antonio en tono autoritario.

Cleopatra se acercó a él mirando seductoramente y le preguntó:

— ¿Debo obedecerte?... Entonces tu carta...

— Mi carta decía que nos encontraríamos en la plaza de Tarsó.

Cleopatra se acercó más a él, lo hechizó con su mirada y le respondió insinuante:

— ¿Y por qué no aquí?

Marco Antonio empezaba a sentirse poseído por el encanto irresistible de aquella mujer que ponía en sus palabras un fuego de amor incontenible.

— Aquí no es lugar a propósito.

— ¡Qué diferencia de tus generales! Pero te lo confesaré todo... Te diré por qué quiero recibirte aquí y no en la plaza. ¿Ves toda esta fiesta?... ¿Sabes por qué lo he planeado? Pues porque estaba perdida... No ignoro que tu Roma hambrienta sois mis enemigos, pero confieso que me equivoqué respecto a ti... Quería hechizarte con esplendoroso aparato, pero ya veo que Marco Antonio no se ha dejado hechizar... Ya comprendo que eres más indiferente que un muro... ¿Perdonas mi locura?

El que estaba volviéndose loco era en realidad Marco Antonio. Los ojos de Cleopatra tenían una fuerza hipnótica que lo atraían, y que lo envolvían como un celaje de seda de cuyas mallas le parecía imposible poderse salir. Quiso evituar aquella tentación y le preguntó:

— ¿Nos vamos?

— Sí, vamos — exclamó ella sumisa —. Eres dueño absoluto de mí. Me has vencido. Quisiera en este momento que nos cambiásemos, que tú fueras Cleopatra y yo Marco Antonio.

A éste no dejó de hacerle gracia aquella ocurrencia y le preguntó:

— ¿Me parezco?

— ¿Y yo me parezco a ti? — preguntó ella, también riendo.

— Tú sigues siendo la bella Cleopatra — respondió Marco Antonio, apoderándose de una copa de vino que había allí. Cleopatra corrió a quitársela y le dijo:

— No bebas... Ese era parte del plan que había fraguado contra ti... Quería hacerte perder la cabeza.

— ¿Con una copa? — preguntó riendo Marco Antonio.

— ¿No podría? — preguntó Cleopatra riendo.

— Me hace gracia — siguió diciéndole Marco Antonio —. Yo sé que tú quieres que beba, pero yo voy a demostrarte que necesito beber mucho para perder la cabeza.

— Cena conmigo entonces y me lo probarás — le dijo ella acercándose melosamente a Marco Antonio.

Dió una palmada e inmediatamente se presentaron dos esclavos portadores de una gran tabla en la que había abundancia de alimentos. Cleopatra cogió un pajarillo asado y se lo ofreció a Marco Antonio diciéndole:

— Pajarillos del Nilo... Son deliciosos.

— Demasiado pequeños — exclamó Marco Antonio, comiéndoselo de un bocado —. Tengo mucha hambre. Con esos pajarillos se muere uno de hambre. Quiero otra cosa.

— Pues puedo ofrecerte almejas. En este momento las están sacando del mar.

Lo llevó hacia cerca de la puerta del salón camarote y vieron cómo unos marinos subían una gran red. Mas con gran asombro de Antonio, en vez de ser almejas eran unas lindas bailari-

nas, que apenas quedaron en el suelo se arrastraron hasta donde estaba la reina de Egipto ofreciéndole unas conchas de almejas. Cleopatra las abrió y Marco Antonio exclamó, al ver el contenido del interior:

— ¡Joyas!... ¡Eres una buena pescadora!

Cleopatra cogió en sus manos aquellas preciosas pepitas de oro y las arrojó a las bailarinas diciéndole a Marco Antonio:

— Los ríos de oro de Egipto jamás se secan...

Le dió un puñado a Marco Antonio y como viera que éste quedaba contemplándolas, le dijo indiferente:

— ¡Échaselas!... ¿Para qué las quieres tú?

Volvieron otra vez para seguir contemplando las danzas de las bailarinas y una de las doncellas comenzó a cantar una dulce canción que decía:

Noche estrellada...

deja que tu encanto

hechice a mi amado...

Haz que sea mío,

Oh, Isis, reina del amor...

— ¡Qué bella es esa canción! — exclamó Marco Antonio poseído por el encanto de la noche, de la música y la fascinación de Cleopatra que había puesto en juego todos sus ardides para seducirlo.

— Es una canción a las estrellas — respondió suspirando Cleopatra, al mismo tiempo que lo envolvía en la caricia de una mirada —. ¿Por qué romanos y egipcios no pueden unirse y unidos gozar de la paz eterna y del amor?

Marco Antonio había ya perdido el dominio sobre sí mismo. Toda su fuerza de voluntad había quedado aniquilada, vencida, ante los encantos de Cleopatra, y acercándose a ella, juntando casi sus rostros, le dijo:

— Dije cosas a César que no debí decirle... La reina de Egipto no es sólo bella de rostro, sino que también lo es de alma.

Cleopatra temió que el recuerdo de César detuviera su conquista y, más persuasiva, siguió diciendo:

— César no me amaba.

— ¿Y no lo recuerdas ya? — preguntó Marco Antonio con cierto recelo.

Cleopatra se encogió de hombros, demostrando una gran indiferencia, y respondió:

— Admito a los hombres que saben comprender las bellezas de las mujeres, pero sin dejarse vencer por ellas... Las mujeres sólo debemos ser juguete de los hombres.

Quería con sus mismas palabras atraérselo y se daba cuenta la reina de Egipto de que Marco Antonio era ya suyo. El general llenó una nueva copa de vino y la levantó en alto brindando:

— Por este pensamiento que has tenido.

Cleopatra cogió la copa y brindó a su vez:

— Por él... Por ti.

Siguieron bebiendo y Marco Antonio, embriagado por la bebida y por Cleopatra, reía alegremente, sintiéndose cada vez más enamorado de aquella mujer. Cuando Cleopatra lo vio completamente dominado, le dijo:

— Ya hemos bromeado bastante. Ahora podemos ya irnos.

Marco Antonio la miró sorprendido y le dijo:

— ¿Por qué?... Si ahora estás más encantadora que nunca...

Marco Antonio, a partir de aquel momento, había quedado convertido en un juguete en manos de Cleopatra. Nació en su pecho una pasión desbordante que le hizo olvidar su misión y Cleopatra pudo llevárselo a su palacio real, lo mismo que a sus legiones.

Pero lo más excepcional del caso es que Cleopatra sintió también por él igual pasión. Ella había empezado solamente por la protección que debía dar a su pueblo y su corazón de mujer se sintió inclinado ante la arrogante figura de Marco Antonio, haciendo de él un verdadero ídolo en quien depositó todo su amor.

¿Qué misterios encerraba el corazón de aquella mujer, que de tal manera podía amar al que siempre fué su enemigo? Nunca ha podido saberse la verdad sobre esta reina a quienes unos creen una mujer perversa y otros historiadores la elogian como mujer y como soberana.

Lo único cierto es que Marco Antonio se olvidó de todo lo que no fuera su amor por Cleopatra. Su espíritu guerrero quedó dormido en brazos del amor y jamás se le oyó volver hablar de luchas ni de guerras.



CLAUDETTE COLBERT

en su magistral interpretación de CLEOPATRA.



Cleopatra dió
grandes fiestas en
honor de César.



— ¡Te amo tanto!



Los ánimos de Roma estaban muy exaltados por la ausencia de su Emperador, César.



Cleopatra, lo vió completamente dominado,



Cleopatra aguardaba la llegada de Julio César.



—Eres el hombre más extraño que he visto.



En su barco,
Cleopatra espera
llegar a Tiro.



—Cada día ves
otra mujer dife-
rente.



El pueblo se
amotinó al saber
la muerte de Jesús
Cristo.



El rey Herodes
visitó a Cleopatra.



Marco Antonio y Octavio se disputaban el poder a la muerte de Julio César.

Cleopatra aguarda la muerte en su trono.



HENRY WILCOXON
encarnando a MARCO ANTONIO.

Roma había desaparecido de su mente para ser ocupada por la imagen de Cleopatra, y las semanas y el tiempo transcurrían sin que en Roma se supiese nada de Marco Antonio.

La envidia y el odio, sin embargo, seguían trabajando en Roma en contra de Marco Antonio. Su cuñado Octavio empezó a sospechar de que Marco Antonio habría caído en las redes amorosas de los encantos de la reina egipcia y preparó una campaña de difamación contra el que hasta entonces había sido el ídolo del pueblo.

Las voces de traidor comenzaron a resonar por toda Roma y el nombre de Marco Antonio empezó a sufrir el desprecio.

Octavio no dejaba de hablar de él al pueblo y al Senado y en uno de sus discursos se atrevió por fin a acusarle de traidor diciendo, cuando vió que el pueblo le aclamaba:

— ¡Vuestros vitores, al fin! Ellos indican que estáis conformes conmigo en declarar que Marco Antonio es un traidor a Roma... Han pasado dos meses, ¿y qué ha hecho?

— Nada... ¡No ha hecho nada! — gritaron varias voces.

— ¿Ha atacado a Egipto con sus legiones? ¿Ha mandado a Cleopatra en cadenas? ¿Ha hecho alguna cosa?... Sí, ha hecho una. Fue a Egipto con la reina y no ha pensado una sola vez en Roma... ¿Quién es esa serpiente venenosa?... Primeramente César y ahora Marco Antonio... ¿Cuándo se podrá acabar con ella?... Yo os lo diré. Se acabará ahora. Hay que sustituir el brillo de las palabras por el fulgor del acero.

El pueblo, entusiasmado por las palabras de Octavio, no cesaba de vitorearle, y éste, cada vez más enardecido, siguió diciéndoles:

— ¡Habrá guerra y Marco Antonio pagará con su sangre su traición!... ¡La serpiente egipcia será aplastada!

Y mientras que Roma hervía de entusiasmo en favor de Octavio y era ultrajado el nombre de Marco Antonio, éste seguía preso en los brazos amorosos de Cleopatra.

— Marco Antonio, te amo como jamás lo sospeché.

— No puedo creerlo — respondió él vanidoso por aquella pasión que había despertado en ella —. Yo debería dejarte ahora mismo.

Cleopatra se incorporó alarmada y le preguntó:

— ¿Por qué?

— Porque debería no verte en cierto tiempo, para que no te causes de mí... ¿No tienes miedo de que yo me cause de ti?

Cleopatra no respondió. Tenía la seguridad de que no sucedería aquello. Le bastaba leer en la mirada de Marco Antonio el gran amor que por ella sentía y el romano siguió diciéndole:

— Querría emborracharme con otros hombres, o encontrar otra mujer.

— ¿Por qué no lo haces? — le preguntó ella con mirada triunfal.

Marco Antonio la estrechó en sus brazos y con toda la fuerza de su pasión le respondió:

— Porque tú cada día eres otra mujer..., otra mujer diferente... siempre diferente... completamente distinta.

Y sus bocas se unieron en un beso, hasta que entró Carnión, para avisar a la reina la llegada de un soberano, diciéndole:

— El rey Herodes ha llegado.

— ¿Dónde está? — preguntó Cleopatra.

— Está en la antecámara, Majestad — respondió la doncella.

Salió la doncella y Cleopatra se incorporó para salir al encuentro del rey Herodes, pero Marco Antonio la detuvo diciéndole:

— No hay prisa.

— Es mi invitado — le reprendió dulcemente ella.

— No importa — siguió diciéndole Marco Antonio, sin dejarla marchar.

— Ahora déjame.

LA PROPOSICIÓN DEL REY DE JUDEA

Minutos después, Herodes se hallaba conversando con Cleopatra, a la que le decía:

— Nuestra antigua amistad espero renovarla.

— Así lo deseo yo también — respondió la soberana egipcia.

Herodes, cada vez con mayor interés de ganarse la voluntad

de la soberana siguió diciéndola:

— El tiempo te ha dado belleza y sabiduría.

Cleopatra, sin estimar el galanteo de Herodes, le preguntó secamente:

— ¿Traes noticias?

— Ciertamente. Vengo directamente de Roma, camino de Judea.

— ¿Directamente de Roma? — preguntó alarmada Cleopatra — ¿Y cómo vienes? ¿Como su amigo o aliado?

— Como amigo y aliado de Egipto — respondió el rey de Judea.

Cleopatra está intranquila por conocer el motivo de aquella visita, y le preguntó:

— ¿Y cuáles son las nuevas que traes?

— Si despidas a tu corte, te las diré — respondió Herodes al ver que Cleopatra estaba rodeada de su corte de damas y esclavos —. Tanta belleza me ata la lengua.

Cleopatra dio orden de que los dejaran solos y cuando salieron todos, Herodes comenzó diciéndole:

— ¿No es cierto que harías cualquier sacrificio por Egipto?

— Ciertamente — respondió la reina.

— ¿Cuál es el sacrificio más grande que harías por tu pueblo?

— El que se me pidiese — respondió Cleopatra.

— Pues bien — siguió diciendo Herodes —, Octavio odia a Marco Antonio, pero Octavio ahora tiene el poder. Si Marco Antonio muriese, Octavio sería un buen amigo y aliado de Egipto... El mismo me dijo que te diese este mensaje.

Cleopatra quedó mirando fijamente al rey de Judea y le preguntó:

— ¿No eres amigo de Marco Antonio?

— Lo soy — exclamó el rey Herodes —. Soy un gran amigo suyo.

— ¿Y me propones que lo mate? — preguntó Cleopatra.

— Te propongo el bien de tu pueblo. Debes sacrificarte por Egipto.

— ¡Nunca! — respondió ella —. Amo a Marco Antonio.

— ¿Y quieres perder a tu pueblo por su amor?

— Quiero a mi pueblo, pero con mi amor también.

— Piénsalo bien — insistió Herodes —. Quizá luego estés más dispuesta a ello. Tengo los medios que desees. Un veneno en una copa de vino nadie lo nota.

Cleopatra se levantó indignada y le respondió:

— Marco Antonio me dijo que quería verte... Ves a saludarlo y a beber con él una copa de vino, pero no de la que tú me propones.

En efecto, Marco Antonio esperaba al rey de Judea y había preparado en su obsequio varias cántaras de vino que fueron vaciándose rápidamente, hasta que Herodes le dijo riendo alegremente:

— Yo siempre dije que ningún hombre podría beber como Marco Antonio, pero ahora me desdigo, porque un hombre no puede emborracharse cuando ya lo está de amor.

Marco Antonio lanzó una carcajada que corroboraba las palabras de Herodes y éste siguió diciéndole:

— El amor ahoga toda otra emoción... ¿No eres más feliz con ella que con el vino?

— Mucho más — respondió Marco Antonio, cuyo cerebro estaba nublado por el exceso de vino que había bebido —. Estoy loco por ella.

— No puedes negarlo — respondió Herodes —. Eso me recuerda una cosa que le oía a Octavio.

— ¿Graciosa? — preguntó Marco Antonio, sin dejar de reír estrepitosamente.

— Muy graciosa — le respondió Herodes —. ¿Sabes lo que era? Pues me dijo que si Cleopatra envenenase a Marco Antonio, Roma le perdonaría todo y sería la salvación de Egipto.

Marco Antonio se echó a reír. Había llegado a tener plena confianza en el amor que le profesaba Cleopatra y exclamó:

— ¿Envenenarme a mí?

— Ya ves, envenenarte a ti, Cleopatra... ¿No es gracioso? ¡Como si el amor no lo conquistase todo!

Marco Antonio reía a más no poder. Le había hecho gracia aquella ocurrencia de Octavio.

— Se lo diré a Cleopatra... Se reirá ella también.

— Sí, ves a decíselo — le dijo Herodes.

Y mientras que Marco Antonio y Herodes habían estado hablando, Cleopatra le dio cuenta a Apolodoro de la entrevista sostenida con el rey de Judea y la proposición que le había hecho.

— ¿Y qué has respondido tú? — le preguntó Apolodoro.

— Le he dicho que amo a Marco Antonio.

— ¿Te has negado?

— Ciertamente — respondió la soberana egipcia —. El ser reina no impide tener corazón.

— Pero una reina ha de mirar antes por su pueblo que por ella misma.

— ¿Luego tú no me aconsejas...?

— Que debes hacerlo.

— ¿Dar yo muerte a Marco Antonio? Eso sería lo mismo que clavar en mi pecho el aguijón de una víbora.

— Pero tienes que hacerlo por Egipto.

— ¡Por Egipto! — murmuró quedamente ella —. Ya he hecho bastante por Egipto... ¿Cómo me pides ahora que mate también por Egipto?

— Te pido lo que debes hacer como reina, aunque sufras como mujer. Cuando se lleva una corona sobre las sienes y un pueblo se entrega a la persona que la ciñe, no se pueden tener sentimientos humanos. Antes que todo está la felicidad de tu pueblo.

Mas, a pesar de ello, Cleopatra seguía resistiéndose. Era mucho lo que se exigía de ella y no se consideraba con fuerzas para realizarlo. Por lo que exclamó finalmente:

— No puedo... ¡No puedo!

— Se trata sólo de una vida contra la libertad de tu pueblo — volvió a decirle Apolodoro.

Pero Cleopatra seguía negándose y Apolodoro le dijo:

— Tú no le amas.

— Es verdad — exclamó ella —. ¡Le idolatro como a un dios!

— No lo creas — respondió Apolodoro —. Te fascinó su porte, su gallardía de guerrero, pero pronto te cansarás de él y te pesará no haber seguido mi consejo, como otras veces te ha ocurrido.

— ¡Calla! — exclamó Cleopatra.

— Es tu obligación — siguió diciendo Apolodoro —. Tu químico ha compuesto un veneno de efectos inmediatos.

Cleopatra cerró los ojos. Sentía la visión del cuerpo muerto de Marco Antonio y tenía miedo de que las palabras de Apolodoro terminaran convenciénola.

— ¿Qué piensas? — le preguntó Apolodoro.

— En tus palabras — exclamó Cleopatra.

— Debes pensar más en tu pueblo — le respondió Apolodoro.

Se oyeron un murmullo de voces y poco después llegaron hasta donde estaba Cleopatra varios soldados conduciendo a un hombre que al ver a la reina cayó de hinojos ante ella exclamando:

— Piedad... piedad.

— ¿Cuál es tu crimen? — le preguntó Cleopatra.

— Asesinato — respondió el reo —. Maté a mi mujer y a mi hijo estando borracho.

— ¿Sabes qué castigo te espera — le dijo la soberana.

— Lo sé — exclamó el asesino —. Crucifixión.

— ¿Y cuánto crees que durarás?

— Soy fuerte, Majestad... Dos días... quizá tres...

Cleopatra se volvió hacia Apolodoro y le dijo unas frases al oído. Poco después apareció Apolodoro seguido del químico y éste le entregó una rosa y un vaso de vino, diciéndole:

— Basta con que un pétalo de ella toque el vino, Majestad.

Cleopatra cogió la rosa, la introdujo en la copa de vino y le preguntó al reo, después de sacar la flor:

— ¿Te gustaría morir en tres segundos?

El asesino le tendió los brazos emocionado y exclamó:

— ¡Sois piadosa, Majestad!... ¿Es cierto que no pensáis hacerme sufrir?

Por toda respuesta, Cleopatra le ofreció la copa de vino y le dijo al fin:

— Bebe esto.

El condenado a muerte cogió la copa que le ofrecía la reina y apenas terminó de beber su contenido rodó por el suelo exánime. Cleopatra se volvió al químico y le preguntó:

— ¿Hubo dolor?

— Ni siquiera se ha dado cuenta. Ha pasado de la vida a la

muerte en un segundo.

—Llévanslo de aquí —ordenó Cleopatra, señalando el cadáver del asesino.

Entre varios soldados cogieron el cuerpo del reo y lo sacaron del salón de la reina, al mismo tiempo que entraba Marco Antonio, riendo por lo que le iba a decir a Cleopatra, de la idea que había tenido su cuñado, y al ver el muerto preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—La reina que está probando venenos —le respondieron.

Desapareció inmediatamente la risa que poseía a Marco Antonio. Por su mente pasó la idea de que Cleopatra pudiera haber aceptado la proposición de Octavio. Llegó hasta donde estaba la reina de Egipto y ésta le ofreció asiento a su lado. Lo abrazó amorosamente y sacó unas largas botellas de vino, llenando las dos copas.

—¿Qué es esto? —preguntó Marco Antonio, sospechando de la actitud de Cleopatra. Ésta advirtió aquella sospecha, y sin demostrar ninguna duda le respondió amorosamente:

—Un vino que nunca hemos probado, Marco Antonio... Lo guardaba...

—¿Para qué...? —preguntó excitado Marco Antonio.

—Para una noche así —le respondió ella sonriendo amablemente, al mismo tiempo que le mostraba el cielo estrellado que se veía por el amplio ventanal.

Marco Antonio no se atrevía a beber. En su alma había brotado una chispa de desconfianza y miraba fijamente a Cleopatra que jugaba distraída con una rosa. Al fin, ella, al ver que no bebía, le preguntó:

—¿No se te ocurre ningún brindis bonito, como otras veces? Me alegraría mucho.

—Ya lo estás —respondió Marco Antonio mirándola fijamente.

Cleopatra, cada vez más convencida de que Marco Antonio sospechaba de ella, siguió fingiendo admirablemente y le respondió:

—Y tú estás muy serio... ¿Por qué?

—Es que pienso.

—Pero antes de pensar, bebamos —le invitó Cleopatra—.

Así te inspirarás.

Cogió la copa que ella misma se había servido y se la llevó a los labios, viendo que Marco Antonio hacía lo mismo, pero sin vaciar su contenido, por lo que le preguntó con candorosa ingenuidad:

— ¿No bebes?

— Tú tampoco — respondió él secamente.

— ¿No estás de buen humor? — le preguntó mimosa Cleopatra —. Dime, ¿qué es lo que te pasa?

— No sé — respondió Marco Antonio —, pero no tengo sed esta noche. Prefiero estar aquí sentado viéndote beber.

Cleopatra, más astuta que él, le preguntó:

— ¿Es de veras?... Pues si es eso lo que prefieres, a mí me gusta también complacerte, Marco Antonio.

Y apoderándose de la copa que Marco Antonio tenía delante de él, la vació de un trago.

Aquel acto disipó por completo las dudas que tenía Marco Antonio. La prueba no podía haber dado mejor resultado y hasta interiormente se indignó consigo mismo por haber sospechado de aquella mujer, que sólo pruebas de un gran amor le había dado.

Sin poderse contener, la estrechó en sus brazos diciéndole apasionado:

— ¡Amor mío!

Cleopatra se mostró sorprendida por aquel cambio de actitud, aunque de sobras comprendía ella lo que la motivaba, y le dijo:

— Eres el hombre más extraño que he visto.

— Y también el más feliz de todos — respondió Marco Antonio —. Bebamos ya.

Cleopatra llenó de la misma botella la copa de Marco Antonio y mandó traer la cena.

Entre las viandas figuraban los pajarillos del Nilo, y Marco Antonio exclamó al verlos:

— ¿Otra vez los pajarillos?... Cada vez son más pequeños.

Marco Antonio se refería a la primer vez que cenó con Cleopatra a bordo de la galera, y ella le dijo, recordándole aquellos momentos:

— ¿Recuerdas las estrellas de aquella noche?

— Nunca las olvidaré — respondió Marco Antonio.

— ¿Y la rosa que te puse en el cabello? — volvió a preguntarle Cleopatra, colocándole la que ella llevaba en la mano.

— Lo recuerdo — respondió Marco Antonio —. Y también recuerdo que te la tiré.

— Pero yo la recogí — siguió diciendo Cleopatra — y endulcé tu vino con ella.

Y al mismo tiempo introdujo la rosa dentro de la copa de vino que había de beber Marco Antonio.

Éste cogió la copa, la levantó en alto para beber, pero se detuvo un segundo, diciéndole:

— Brindemos por el río Nilo.

Y en el mismo instante que se llevaba la copa a los labios, cuando apenas la había tocado, irrumpió en la estancia un soldado diciendo:

— ¡Una paloma mensajera de Roma!

Marco Antonio abandonó la copa y leyó el mensaje que traía la paloma, se lo entregó luego a Cleopatra, que exclamó:

— Roma ha declarado la guerra.

— Sí — exclamó excitado Marco Antonio — Octavio me declara traidor — Y enardeciéndose cada vez más, siguió diciendo — ¡Octavio vendrá a encontrarme!... Pues que venga... Ahora soy yo el que río...

Éste se dirigió al que había traído la paloma y le ordenó:

— ¡Llama a Enobarbos!

— Sólo recibo órdenes de mi reina — respondió el soldado.

Marco Antonio lo cogió por el pecho y de un empujón lo arrojó lejos de él, diciéndole:

— Yo sabré hacerte obedecer. Levántate y tráelo.

Aun intentó oponerse pero la actitud de Marco Antonio era poco tranquilizadora y más aún al decirle éste:

— ¡Si abres la boca te mato!... ¡Necesito soldados romanos!... Llama a mis diez generales, ¡Manda palomas mensajeras a Tarso, Atenas y Filipos!... Traer mesas y taburetes para mis generales... ¡Necesito soldados romanos!

Y a medida que hablaba iba agigantándose a los ojos de Cleopatra, que veía en él al único salvador de su pueblo, Marco An-

tonio, con su valor y sus legiones, sabría detener el impulso de sus enemigos y Roma encontraría en Egipto el primer obstáculo que detuviera su marcha triunfal sobre el mundo.

— ¿Con que soy un traidor, eh? Le haré comer esa ofensa...

El soldado egipcio seguía mirando a Marco Antonio admirado también de aquel ímpetu guerrero sólo concebible en un soldado romano, y aquel siguió dando órdenes y diciendo:

— Necesito diez galeras para transportar diez legiones a Accio, equipadas para contener un sitio de diez meses... Mañana al amanecer saldremos.

— ¿Qué respuesta doy a Roma? — preguntó el soldado egipcio.

— Dile que Marco Antonio acepta la guerra que le declara y que está seguro de vencer con sus legiones.

— Salió el soldado egipcio y Marco Antonio se apoderó de la copa que había abandonado para leer el mensaje y fue a beberla, pero Cleopatra se arrojó sobre él y se la arrancó de las manos arrojándola violentamente al suelo.

Sorprendido por aquella actitud, le preguntó:

— ¿Qué pasa?

Cleopatra se abrazó a él y le expresó su admiración, diciéndole:

— He visto un dios... No soy ya reina... Soy mujer.

Marco Antonio la retuvo en sus brazos y le preguntó:

— ¿Me has elegido a mí contra el mundo, que es Roma?

— Contra el mundo — respondió ella.

— Pues afrontaremos el mundo juntos y juntos lo destruiremos para rehacerlo de nuevo a nuestro antojo. ¿Quiere guerra? Pues la tendrá y Octavio caerá en mi trampa como un ratón.

Horas después Enobarbo se presentaba a Marco Antonio y éste le dijo a aquél:

— Octavio me declara la guerra y tendrá desastre.

El general movió negativamente la cabeza y respondió:

— Nadie te seguirá, Marco Antonio.

— Son mis generales, los que siempre lucharon conmigo. Ninguno se negará.

— Todos se negarán — siguió diciéndole Enobarbo —. No los culpes... Son romanos... No quieren luchar por una reina

egipcia. No quieren por Egipto ir contra Roma... Se han llevado sus legiones y han ido a pelear por Octavio y tú te has quedado solo... No habrá guerra.

—La habrá mientras yo viva —exclamó Marco Antonio.

—¿Con qué pelearás?

—Lucharemos con soldados egipcios. Te tengo a ti que no me abandonas.

El general le atajó con la nobleza del hombre que siente un profundo amor por otro, le dijo:

—No he venido para esto, sino para decirte que Roma es aún tuya si la quieres... Roma te amará siempre. Sólo quiere tu amor en pago... Sólo hay un medio de probarlo y Roma olvidará a Octavio y levantará otra vez en sus brazos a su héroe.

—¿Un medio? —preguntó Marco Antonio.

—Sí —exclamó el general sacando el puñal de su cinto y mirando a Cleopatra—. Una sola palabra tuya y hundiré este puñal en el corazón de una mujer... el parte dirá que fuiste tú y Roma volverá a quererte.

—Octavio y yo no cabemos en Roma.

—Di más bien que no hay sitio en tu corazón más que para Cleopatra —replicó dolorosamente el general.

—Sí, es verdad —confesó sinceramente Marco Antonio abrazándola.

El general lo miró compasivamente y recordando la conversación que tuvo con el César el día en que fué asesinado, le dijo:

—¿Y eres tú quien dijo al César... «las mujeres no piensan, no pueden pelear, son juguetes nuestros»?

Marco Antonio, sin poder contener su indignación, se adelantó hacia el general y le ordenó:

—¡Vete de aquí!

—Me iré —le respondió —, pero no quiero llevarme nada tuyo.

Rompió su espada en dos trozos y la arrojó al suelo. Luego se arrancó una condecoración que llevaba en el pecho y colocándola sobre la mesa, exclamó:

—Aquí tienes lo que me diste en Bretaña... Esta otra que me recuerda la campaña de Siria...

Marco Antonio le veía hacer y cada vez que le iba nom-

brando uno de aquellos hechos sentía una dolorosa puntada en su corazón. El otro, sin detenerse, siguió quitándose las condecoraciones otorgadas por Marco Antonio y las fué nombrando, diciéndole:

— Esta es de cuando te salvé la vida y ésta cuando tú salvaste la mía. Ahí tienes toda nuestra larga campaña... Nada quiero de tí.

Marco Antonio tuvo un instante de debilidad, pero superpuso el amor que sentía por Cleopatra y su orgullo y exclamó:

— La guerra continuará.

— ¿Es ésta tu respuesta? — preguntó el general.

— Sí, puedes decirle a Octavio.

El general sintió un profundo dolor al tenerse que separar de Marco Antonio, y mirando rencorosamente a Cleopatra, le dijo:

— Adiós, Marco Antonio. Por una mujer te juegas el dominio del mundo.

Cuando quedaron solos, Cleopatra se abrazó a él y le preguntó:

— ¿Por qué no lo has hecho?... Así Roma te perdonaría. ¿Quieren que nos separemos y no piensan que es lo mismo que pedir que el sol caiga del cielo.

— No te importe — exclamó Marco Antonio —. Lucharemos juntos contra ellos.

— ¿Contra todos? — preguntó Cleopatra.

— Contra todos juntos, aunque quedemos solos.

Habían transcurrido tres días cuando Marco Antonio, en perfecta formación, se dirigió hacia el campamento enemigo para cogerlos por sorpresa. Mas los generales que habían luchado con él conocían su táctica y lo tenían todo preparado para impedir cualquier sorpresa en todo momento.

Por lo mismo, al llegar al desierto dieron vista a las legiones romanas que se preparaban para detener su marcha.

Marco adelantó su carro a la cabeza de su ejército y dió la orden de ataque, lanzándose él en primer lugar.

El choque fué violentísimo. Las puntas de acero con que iban guarnecidas las ruedas de los carros se clavaron en los cuerpos de los soldados romanos y rompieron la primera fila de comba-

lientes. Mas detrás de esta fila había una segunda que detuvo la marcha de los carros, y sus ocupantes tuvieron que luchar con las armas.

Marco Antonio parecía un dios de la guerra. Su espada se multiplicaba en todos los sitios de peligro y a pesar de ser atacado por varios soldados a la vez, sabía no solamente hacerles frente, sino que caían muertos o heridos a sus pies. Parecía un ser invencible cuya resistencia era extrahumana.

El griterío era inmenso y Marco Antonio vió que algunos de sus carros iniciaban la retirada. Los egipcios, malos combatientes, no habían podido contener el ataque de los romanos, y huían sin pensar que aquello implicaba para ellos la esclavitud.

En medio de aquella lucha, defendiéndose de los que le atacaban, Marco Antonio comprendió lo inútil de su empeño y pensó que aún le quedaba un medio para vencer a Octavio. En el mar no había posibilidad de huir y una derrota de las galeras de Octavio sería una victoria definitiva para él.

Por lo mismo supo abrirse paso entre los que le atacaban, cogió un carro que había quedado sin ocupante y huyó hacia la ciudad, para organizar sus dispersas huestes.

Aquella misma noche dió la orden de embarcar y se hizo a la mar con sus galeras. Poco tardó en encontrar las galeras romanas. Al divisarse, unas y otras empezaron a lanzarse mechas encendidas para incendiar las naves, pero el ímpetu del viento dió lugar a que muchos de los navíos se atacaran con denuedo.

Estas galeras de guerra llevaban en su proa dos grandes puntas de acero afiladas, con el objeto de que al abordar a la enemiga, aquellas puntas se introdujeran en la nave abriéndole una vía de agua y se hundiera inmediatamente.

Por lo mismo Marco Antonio procuró atacar de proa a todas las embarcaciones y aun cuando en algunas consiguió su objeto, la pericia guerrera de los romanos le impidió llevar a cabo sus propósitos.

Se unieron las naves enemigas y vino el abordaje con las armas. Cestos de víboras se lanzaban de uno a otro navío, mechas encendidas y el ruido de las armas con el de los gritos de los combatientes resonaban en el espacio haciendo más térrico el combate. La lucha era imponente y Marco Antonio seguía siendo

el general que todo lo preveía. Pero Octavio le había preparado una sorpresa que él no esperaba. Tras el primer ímpetu del combate, cuando ya tenía deshecho al enemigo, nuevas galeras aparecieron cerrando las egipcias y haciendo toda resistencia imposible.

El mantener la lucha era el aniquilamiento total de toda su gente, y el mismo Marco Antonio preparó la retirada, para encerrarse en la ciudad y esperar allí nuevos refuerzos, con los cuales poder hacer frente a Octavio.

Vencido por su odiado enemigo, Marco Antonio no encontró más lenitivo para su dolor que el amor de Cleopatra, quien sentía por él una idolatría amorosa. Le había visto luchar por su pueblo y comprendía Cleopatra que jamás podría llegar a vencer al enemigo con soldados egipcios. No estaban acostumbrados a la guerra y era inútil que se pusiese con ellos a la defensa de una causa que no tenía defensores. Cuanto más se mantuviera el sitio, mayor sería el castigo que esperaba a Marco Antonio.

En lo alto de la muralla, Marco Antonio contemplaba las legiones de Octavio, quien al frente de ellas había empezado el cerco de la ciudad, y al ver la arrogancia de su cuñado, le gritó desde su sitio:

— ¿Con que has logrado atraerte a todos mis generales, y todas mis legiones? Has sobornado a todos mis guerreros de mar y de tierra... Los tienes a todos menos a mí.

— Baja y rimlete — le gritó Octavio.

— Ven tú a buscarme — le respondió Marco Antonio.

— ¿Quieres pelear con palabras? — le preguntó burlonamente Octavio.

— ¿Palabras? — exclamó Marco Antonio, cuyo valor jamás había sido puesto en duda —. Bajaré y lo decidiré de hombre a hombre.

Octavio no accedió al deseo de su cuñado. Sabía de sobras que en la lucha sería el vencido, y le gritó burlonamente:

— Tengo medios más fáciles para matarte.

Marco Antonio lanzó una carcajada y volvió a decirle:

— Si tienes miedo pelearé contra todos... Uno a uno, dos a dos y hasta tres a tres.

— ¿Y si soy yo el primero que te vence?... ¿Será el pre-

mio la reina de Egipto? — le preguntó Octavio.

— La reina de Egipto pelea a mi lado — respondió Marco Antonio —. Es la única que nunca me abandonará.

Mientras tanto, Cleopatra, al ver perdido a su amado, al darse cuenta de que su única salvación era entregarse ella, no dudó en sacrificarse y le dijo a Carmión:

— Quiero ser yo misma la que me entregue para salvarlo... Prepara mis atributos de reina e iré al campo enemigo.

— Os matarán, majestad — le respondió Carmión.

— ¿Qué importa la muerte, cuando se muere por el amor del que se ama? — replicó Cleopatra. Y con uno de sus gestos imperativos dió nuevamente la orden para que preparasen todo lo necesario para ir al campamento enemigo con el ramo de olivo, como símbolo de paz. Llevada por sus esclavos, sin que Marco Antonio supiera nada, salió de palacio y fué acercándose hacia las murallas. Para salir de ellas era preciso bajar un puente levadizo y Cleopatra, para evitar que Marco pudiera impedirlo, le dijo a Carmión:

— Vas cerca del muro y da orden de que bajen el puente.

La orden se cumplió inmediatamente y Marco gritó, al ver lo que hacían, sin darse cuenta de la presencia de Cleopatra:

— ¡No bajéis el puente!... ¡No bajéis el puente!

Carmión se acercó a Cleopatra y señalando hacia donde estaba Marco Antonio, le dijo:

— ¿No lo ves en la muralla, mi reina? ¿Por qué no le decimos a lo que vamos?

— Porque no quería creer que queremos ayudarlo.

Pero en aquel momento Marco Antonio vió cómo Cleopatra salía para el campamento enemigo y creyó que también ella le abandonaba. Aquel era el dolor más inmenso de toda su vida. Seguro estaba de que Cleopatra le traicionaba, de que todo el amor que ella le expresó era mentira y que Octavio le ganaba batalla que él más empeño tenía en ganar.

Antes de que Cleopatra terminase de pasar el puente, Marco Antonio, con la voz ronca por la ira, le gritó:

— ¡Cleopatra!... ¡Vuelve!

Los soldados se prepararon a atacar a la reina, pero uno de los generales de Marco Antonio, el mismo que tantas veces ha-

bía luchado con él y que quiso matar a Cleopatra en su última entrevista, los detuvo, diciéndoles:

—¡Quietos! ¡Viene con la palma de olivo!

Una rechifla general se oyó en todo el campamento y Octavio le gritó a su cuñado:

—Hasta ella se te escapa, Marco Antonio... Ya no puedes resistir más.

Marco Antonio no tuvo fuerzas para responder. ¿Qué dolor podía causarle tanto daño como aquella huida de Cleopatra? ¿Qué le importaba a él Egipto ni Roma, si perdía a la mujer por la que había desdenado el poderío del mundo?

Extenuado por el dolor más que por la fatiga, entró a su palacio, a aquel palacio donde tantas veces había tenido en sus brazos a la bella Cleopatra, y vio a varios esclavos y doncellas, que lo miraban compasivamente.

No trató siquiera de mitigar su dolor, ni siquiera de fingir un valor que no sentía en aquellos instantes, y con la voz quebrada por la pena que le ahogaba, exclamó:

—Vino... Traedme vino.

Llenó una copa del vino que le trajeron y dirigiéndose a los servidores que quedaban en palacio, les dijo:

—Mirad a Marco Antonio, el jefe romano, en qué estado le veis.

Los servidores no podían contener la emoción que les producía aquel hombre que jamás se vió vencido y que ahora se declaraba él mismo vencido. Se advertía que sufría un dolor mucho mayor que el de la misma muerte. Llenó Marco Antonio otra copa de vino y la volvió a vaciar de un trago, diciendo a continuación:

—Marco Antonio, el que vino a Egipto con sus legiones de hombres a encadenar a una mujer, se ve solo, sin nadie que le tienda una mano en este momento supremo de su vida. Hasta la misma mujer por la que abandonó a los suyos le abandona ahora.

Los servidores salieron silenciosamente, no queriendo turbar aquellos momentos de inmenso dolor, y Marco Antonio, con una risa histérica, como atacado de una acceso de locura, reía a carcajadas.

Otra vez llenó una tercera copa de vino y la levantó en alto, diciendo:

— ¡Por Marco Antonio!... ¡Por el que nunca se entregó vencido!

Arrojó la copa contra el suelo y sacó el puñal que pendía de su cinto.

En sus ojos brillaba una llama siniestra, un fulgor inhumano, y sujetando con las dos manos el puño de su puñal lo introdujo cruelmente en su pecho.

Pensó que cuando Octavio entrase en la ciudad no encontraría al Marco Antonio que él habría prometido llevar en cadenas a Roma. Sería un cuerpo sin vida y con un cadáver no se puede luchar ni tiene valor la victoria.

Todo en el palacio se hallaba envuelto en el más profundo silencio. Aquella hora solemne de la muerte no era alterada por el menor ruido y solamente se oía de vez en cuando la respiración jadeante del herido, cuya muerte parecía recrearse en aquel cuerpo en los últimos instantes de su existencia.

Su mirada empezaba ya a vidriarse y aún tuvo fuerzas para decir:

— Tarsó no está aquí.

Cayó de rodillas, llevándose las manos a la herida, por donde manaba la sangre, y volvió a decirse a sí mismo:

— Marco Antonio no podría ya pelear más... Marco Antonio ha sido juguete de una mujer.

Mientras tanto, Cleopatra había llegado al campamento enemigo. Hizo parar el trono en el que iba sentada y presentándose a Octavio, le dijo altaneramente:

— ¡Aquí está Egipto!... ¡Es tuyo!

Octavio, ante la belleza de aquella mujer, quedó sobrecogido. No podía decir palabra, y Cleopatra, sin pensar en el efecto que había causado en el victorioso general romano, volvió a decirle:

— Me entrego con una condición.

— ¿Cuál? — preguntó Octavio.

— Sólo te pido que respetes su vida y te prometo que no le verás más... Remontaremos juntos el Nilo y tuyo será Egipto.

Octavio lanzó una carrajada y acercándose a Cleopatra, le respondió:

— Tu petición es la más extraña que jamás me hayan hecho... ¿Quieres que le respete su vida? Pídemela mía y quizá te la conceda antes que la de él.

— ¿Te niegas? — preguntó Cleopatra.

— ¡Sí — respondió Octavio —. Quiero la vida de Marco Antonio. Tú esta vez volverás a Roma en cadenas. Ahora tratas con hombres.

El general Enobarbo se acercó a Octavio y le dijo:

— No podemos tratarla así.

— Es una enemiga — exclamó Octavio.

— Pero vino con el ramo de olivo — le hizo ver el general.

— ¿Qué importa? Derribaremos las puertas de la ciudad.

— Derribaremos las puertas de la ciudad — siguió diciéndole Enobarbo — pero ella tendrá un salvoconducto para entrar antes.

Octavio le miró extrañado. No comprendía cómo aquel hombre, que tanto odio sentía por la reina de Egipto, era ahora quien más la defendía, y el general, comprendiendo el pensamiento de su jefe, se limitó a decirle:

— Somos romanos.

Aquellas palabras convencieron a Octavio, que terminó diciendo a Cleopatra:

— Vuelve a despedirte de él.

Cleopatra se acercó al general y le dijo:

— Gracias, soldado.

Luego miró a Octavio y poniendo en sus ojos todo el odio que sentía su alma, le advirtió:

— Cuando derribes las puertas procura avanzar detrás de tus soldados.

Montó nuevamente en su trono y dijo a sus esclavos:

— Vamos.

Con la misma pomposidad que si entrara triunfante entró Cleopatra a la ciudad. Se dirigió hacia palacio y buscó ansiosamente a Marco Antonio.

Entró en las habitaciones particulares de ella y lo vió echado sobre la cama. Corrió a él y abrazándole le dijo:

— Aun podemos salvarnos.

Marco Antonio la miró fijamente como si quisiera llevarse a

la eternidad la imagen de aquella mujer a la que tanto adoraba, y Cleopatra, sin darse cuenta de su estado, creyéndole embriagado, volvió a decirle:

—Tengo caballos preparados y fieles remeros esperando en el Nilo... Todavía podemos salvarnos y ser felices, Marco Antonio.

Marco Antonio hizo un supremo esfuerzo y le respondió trabajosamente:

—No quería verte más, Cleopatra.

Y mostrándole el puñal con que se había herido, exclamó:

—¡Qué hondo hay que herir para morirse!

Cleopatra miró asustada aquel puñal rojo en sangre y entonces se dió cuenta de toda la verdad. Dió un grito angustioso y se abrazó a Marco Antonio, que siguió diciendo:

—¡No más Marco Antonio... Marco Antonio ya no existe... Vuelve con Octavio...

En aquel lamento comprendió Cleopatra toda la verdad. Fué entonces cuando adivinó el por qué se había dado muerte, y haciendo más fuerte el abrazo en que lo tenía sujeto, le dijo:

—¿Crees que había ido con él? Fuí a implorar por ti, por tu vida.

—¿Crees que estoy ciego? ¿Crees que no lo vi yo mismo?

—No, Marco Antonio —protestó ella sinceramente—. Fui por ti, por tu vida, que vale para mí más que nada en el mundo.

Marco Antonio hacía esfuerzos sobrehumanos por mantener aquel hilo de vida que aun le quedaba. Su vista se iba nublando y casi no veía ya a Cleopatra, por lo que exclamó:

—¡Estoy ciego, Cleopatra!

—Yo daré luz a tus ojos y sangre a tus venas —exclamó ella amorosamente.

Marco Antonio, con la cabeza reclinada sobre el regazo de la reina de Egipto, murmuró débilmente:

—¡Me muero, Egipto!

—Pues llévame contigo —exclamó Cleopatra—. Yo no quiero estar separada de ti.

Empezó el delirio de la muerte, y Marco Antonio continuó diciéndole:

—Lejos de la guerra, en el alto Nilo... juntos... muy jun-

tos... siempre unidos... pero este fin es mejor... Romano, por Romano conquistado...

Cleopatra sentía que las lágrimas corrían por sus mejillas. No recordaba haber llorado ninguna otra vez y Marco Antonio siguió diciéndole:

— No me tengas lástima, Cleopatra. Los romanos nacimos para la guerra... Ella fué el espíritu de nuestro amor... Y ahora tú y yo nos separamos en el cenit de la gloria. Abrazame. Tengo frío.

Cleopatra lo cobijó más amorosamente en sus brazos y Marco Antonio volvió a decirle:

— ¡Qué feliz soy, mi hermosa Cleopatra!... El fin de mi vida está en tus brazos.

— ¡Amor mío! — exclamó Cleopatra, besándole apasionadamente — ¡Llévame contigo a las sombras, como si me llevases en tus brazos.

Marco Antonio abrió los ojos, los posó fuertemente en el rostro de Cleopatra y por última vez exclamó:

— Te llevo conmigo, Egipto... Te llevo conmigo, Cleopatra... Todavía seremos felices en el otro reino que nadie nos disputará.

Dejó caer pesadamente la cabeza y su último suspiro fué para aquella mujer a quien tanto había amado.

LA ENTRADA DEL ENEMIGO

Poco a poco las gruesas puertas que cerraban las murallas de la ciudad iban cediendo al impulso del invasor, y Carmión, siempre atenta al cuidado de su reina, corrió a buscarla. La encontró abrazada al cadáver de Marco Antonio y la dijo precipitadamente:

— Hay muy poco tiempo que perder, mi reina.

Carmión se dio cuenta del estado de su reina y le volvió a decir:

— El tiempo apremia... Hay que huir.

— Huir, ¿por qué? — preguntó Cleopatra, como si viviese en un mundo distinto.

— Porque derriban las puertas... Pronto estarán en palacio.

Cleopatra se levantó y su cuerpo erguido, arrogante, daba la impresión de ser el de una diosa que desafiaba a todos.

Bajó los dos escalones sobre los que estaba el lecho, donde reposaba el cuerpo de Marco Antonio, y exclamó:

— Preparadlo todo... La reina de Egipto no huye... Va al encuentro del conquistador...

Carmión la miró admirada. No adivinaba aquella vez los pensamientos de su reina y nuevamente insistió en la huida, diciéndole:

— Mi reina, guarda tu dolor y piensa que aun tenemos tiempo de huir... Tenemos caballos preparados.

— Adornad mi trono — exclamó la reina.

— ¿El trono? — preguntó asombrada Carmión —, ¿Qué piensas hacer?

— Recibir como reina al invasor... Quiero darle todos los honores.

— Te llevarán a Roma en cadenas.

— Adornad mi trono — volvió a ordenar Cleopatra, sin hacer caso de la advertencia de Carmión.

Esta no se atrevió a discutir la orden que le daba y salió de la estancia para decir a los esclavos que adornasen el trono de la reina.

Cuando entró Cleopatra todo estaba dispuesto, y preguntó:

— ¿Y el invasor?

— Están derribando las puertas de la ciudad — le respondió Carmión.

Cleopatra dibujó una triste sonrisa en sus labios, y le dijo:

— Perfumad la estancia con los perfumes más ricos que haya en mi tocador.

Varias doncellas se precipitaron al salón y fueron perfumando de ricos aromas el ambiente, mientras que Cleopatra miraba inconscientemente todo cuanto se hacía allí.

— ¿Dónde están mis músicos? — preguntó nuevamente la reina.

— No les quise traer por temor que te molestaran.

— Al contrario. Quiero oírlos, quiero sentir cerca de mí sus músicas amorosas. Este instante es el más grande de mi vida... Quiero embelesarme con la música y con las canciones a las estrellas... Todo ello me recordará aquella otra noche en la que le conocí.

Cleopatra dirigió la vista hacia todos los lugares y sonrió satisfecha del aspecto que ofrecía el salón, y dijo:

— No se quejará el invasor... Se le recibe con todos los honores.

Un ruido trepitoso se oyó en aquel momento, denotando que las puertas de la ciudad se habían venido abajo, y Carmión se arrojó a los pies de Cleopatra, diciéndole:

— Oh, mi reina... Máteme antes que te vea volver a Roma en cadenas.

Cleopatra sonrió, pensando que tampoco ella quería volver a Roma en cadenas. Su orgullo de mujer y de reina no sufrirían aquella vejación, y acarició la sedosa cabellera de su doncella, que hasta el último instante le era fiel.

Octavio estaba decidido a entrar aquella noche en la ciudad y apoderarse de Cleopatra. Únicamente se veía luz en el palacio de Cleopatra y a él se dirigió Octavio, diciéndoles a sus generales:

— Dad órdenes de que rodeen toda la casa. Es preciso que no se escape ninguno de los dos.

Llegaron a las puertas del palacio de Cleopatra y las encontraron herméticamente cerradas. Eran puertas de una solidez inquebrantable. Grandes goznes de hierro las sujetaban fuertemente y se veía que estaban construidas expresamente para detener el asalto de cualquier enemigo.

Sonaron los golpes sobre ellas, y Carmión, alarmada, dijo a Cleopatra:

— Ya están aquí, mi reina... Pronto derriberán las puertas.

Las doncellas, al mismo tiempo que dejaban de bailar, lloraban desconsoladamente previendo el triste fin de su reina.

La única que permanecía tranquila era Cleopatra, y Carmión le dijo, sin poder contener las lágrimas:

— Reina mía, quiero morir antes de verte ultrajada por los romanos.

Cleopatra sonrió y le dijo:

— No temas, Carmión. La reina de Egipto no se entregará jamás al poder de Roma.

Carmión la miró sin adivinar su pensamiento. ¿Qué nueva traza habría ideado Cleopatra?

No tardó mucho tiempo en saberlo, puesto que Cleopatra se apoderó de un mazo de oro que había junto a ella e hizo sonar un magnífico gong.

Se presentó inmediatamente un esclavo y le ordenó:

— La canastilla.

Todas las doncellas miraron asustadas a la reina y dieron un grito de terror, exclamando:

— ¡No!

— Callad — les ordenó la reina de Egipto, que nuevamente se encaró con el esclavo, diciéndole:

— Cumple la orden de tu reina.

Momentos después se presentó el servidor llevando una pequeña canastilla herméticamente cerrada.

A la vista de ella todas las doncellas miraron aterradas aquella canastilla, cuyo contenido debería ser horrible por el espanto que se reflejaba en sus rostros.

Cleopatra se decidió al fin y dijo al servidor:

— Abrela.

Este empezó a desatar la tapadera de la canastilla, mientras que los golpes en las puertas del palacio eran cada vez más fuertes.

Cleopatra también lo comprendió así y decidida a poner fin a su vida de una vez, introdujo su mano en la canastilla y sacó de ella una víbora. La tenía cogida cerca de la cabeza de forma que el animal no pudiera revolverse. La miró unos segundos, se desabrochó el pecho y en un impulso de voluntad acercó la cabeza del reptil a su pecho, de forma que pudiera clavar en él su venenoso aguijón. Llenaron de lamentos las doncellas el salón del trono y Cleopatra, con una gran serenidad cuando sintió que el aguijón de la víbora había herido su pecho, la volvió a encerrar nuevamente en la canastilla y le dijo al servidor:

— Llévatela.

Este se inclinó ante su soberana y salió del salón del trono,

donde la reina de Egipto iba a encontrar la muerte en pocos segundos.

Las doncellas, al ver que la reina no podía seguir hablando, cayeron postradas al suelo y en aquel momento las puertas del palacio cedieron al impulso de los soldados de Octavio.

Este entró en cabeza de sus generales para demostrarle a Cleopatra que no temía a su amenaza, y gritó:

— ¡Marco Antonio! ... ¡Entrégate vencido!

Cleopatra lo miró vidriosamente y sonrió irónicamente, pensando en el fracaso de aquel hombre cuando se encontrara a los dos prisioneros que buscaba libertados por la muerte.

La quietud de todo aquel salón no dejó de causarle cierta extrañeza, pero así y todo avanzaba con precaución, temiendo ver surgir de pronto a Marco Antonio desafiándole. Faltaban algunos metros nada más para llegar a donde estaba Cleopatra, cuando Octavio gritó de nuevo:

— ¡Marco Antonio! ... ¡Roma te reclama para que des cuenta de tu traición!

Nuevo silencio siguió a estas palabras y los generales de Octavio dudaron ya de que Marco Antonio estuviera en palacio y no hubiera acudido al llamamiento de Octavio. Este no dejaba de mirar la figura inmóvil de la reina y se iba acercando a ella, llevando reflejada en el rostro la alegría que le producía aquella captura.

Mas, a los pocos pasos de ella, Cleopatra rodó a sus pies sin vida y Octavio se dió cuenta de que había llegado demasiado tarde. La muerte la había librado de las cadenas y no podría entrar a Roma triunfante, llevando como a una esclava a la soberana de Egipto.

Dió órdenes a sus soldados para que registraran el palacio y poco después encontraron el cuerpo de Marco Antonio.

Roma había vencido, pero con aquella victoria Octavio no había conseguido realizar su plan de venganza, que era lo que Cleopatra trató de evitar. Había sido una victoria para Roma, pero una derrota para Octavio, que no se dejó vencer por la hermosura de aquella mujer, pero que lo derrotó su muerte.





4 Ptas.